



AIRES

GARBINOS

CAYETANO PELÁEZ DEL ROSAL

© **Cayetano Peláez del Rosal**
Primera edición: octubre de 2015.
Ediciones *La Puente llovía*.
Depósito legal: CO -1713-2015
I.S.B.N.: 978-84-608-3100-6

***A todas aquellas personas
que cada día se esfuerzan
por preservar la Madre Naturaleza
para las generaciones futuras.***

ALGAS EN LA PLAYA

A vosotras las algas
que os agrupáis en montones
como si fuerais amigas
en la orilla de la playa
desalojadas de su hábitat,
quiero dedicaros este poema
con el que pretendo
echar un alegato en vuestra defensa.
¿Porque quién os defiende a vosotras
que también sois seres vivos
y que formáis parte de un ecosistema
al que medios espúreos
llevados por la ambición de ganar dinero
rápido y fácil
os quieren desterrar de él?
Se me desgarran el corazón
cuando en mis paseos por la playa
que llaman de La Llana,
-cada vez más mermada de arena
y de espacio-,
os veo hacinadas en grandes montones
a los que el mar,
perdido su tesoro más sublime,
trata de atraer a su seno
en un incesante vaivén.
Se me rompe el corazón,
-ya de por sí bastante deteriorado-,
cuando veo esos grandes arrastreros
vecinos de puertos cercanos
que tiran sus redes
sobre un suelo vivo
donde tenéis vosotras vuestro aposento,
la vida y el sustento.
-“Sí que tenemos miedo
cuando las redes asesinas
pasan sobre nuestros delicados tallos
de posidonias
arrancando nuestros cuerpos
y dejándolos inertes al vaivén de las olas,
-que fieles a la consigna del mar
de mantenerlo impoluto-,
nos arrojarán a la orilla
sirviéndole de colchón-muelle
para que no se hiera
al chocar contra la playa”.
¿Habrá alguien cuerdo,
amante de la Naturaleza,

-la Madre suprema de todos los seres vivos-,
que eleve un grito de protesta
con la furia propia del oleaje más violento
que haga entrar al hombre en razón
y deje de cargarse todo lo que se encuentra
a nuestro alcance
y que nos es necesario?

Pasó mucho tiempo
el navegante
pendiente del Lebeche,
-al que en otros lugares
llaman Garbino-,
sentado en el banco de madera
que hay
en el Paseo Marítimo,
puesta la mirada
fija hacia el suroeste
ansioso
de que el Sáhara polvoriento,
lo enviase
para la playa de Lo Pagán;
el alemán,
siempre la tabla a punto
en la vieja furgoneta hippie,
hombre alto,
atleta,
con larga coleta
y pendientes flamencos
en las orejas,
de palabra fácil
y siempre dispuesto
a mantener
una buena conversación
con el transeúnte;
pero odiaba
los acordes desafinados
de una vieja guitarra
que un pastor evangelista, grueso,
de cabellos largos y rizados,
amplio sombrero mejicano,
y poblada barba,
lanzaba a los cuatro vientos
su predicación,
tratando de convertir
para el bien,
a los paseantes,
porque ya viene, ya se acerca,
el que ha de separar,
el trigo de la paja,
echando al fuego
la farfolla inservible”.

Y el alemán,
de larga coleta,
tapábase los oídos
para evitar
que aquellos quejidos
hiriesen
sus debilitados tímpanos,
al de profesión
colocador de suelos de parqué,
que “decía
haber andado de rodillas
por el suelo,
tanto,
como desde Lo Pagán
al Vaticano.
Lebeche
que sopla del sureste,
al que otros llaman Garbino,
cargado de malas intenciones
para la colada tendida
de las mujeres
y contra los coches
aparcados en las calles
llenándolos de suciedad,
con la impronta
del lejano desierto del Sáhara.
Lebeche
que nace
del desplazamiento de las borrascas,
de oeste a este,
en el Mediterráneo sur,
siempre empujando
las masas de aire tropical,
siempre cálidas,
secas y polvorientas,
hacia la costa.
Lebeche sucio y caluroso
que anticipa una calima
en el horizonte
hacia el sur,
cargado del polvo africano
que arrastra como esclavo
aherrojado con fuertes cadenas
y grilletes de vapor.
Viento que se deprime
en el horizonte
cuando anuncia su llegada
que a veces provoca
tormentas y lluvias generosas.
Y cuando ese viento
de Lebeche
se hace viajero,
cambia de nombre,

pero no de modales,
siroco, de este a oeste,
de origen italiano,
jandino en Marruecos,
qibli, Marín, en Francia,
y jugo en Croacia.
Algún día,
Lebeche polvoriento,
serás rociado
por el Omo de la blancura,
y transportado
a otros lares,
rotas las cadenas,
tu nombre será admirado
por los locales
que te respetarán
y bendecirán
cuando anuncies tu llegada
con inmensos resplandores
de blancura.

EL SANTÓN

Anda por estas playas
un venerable hombre de poblada barba
haciendo el bien
a todo el que puede;
santo donde los haya,
que ha hecho de la caridad
para con el caído,
la bandera que imprime su carácter.
Y no le falta palabra
para predicar el bien
entre los que se sientan a su vera,
porque la predicación,
es su modo de vida,
siempre con su Santa Biblia,
de la que no le es desconocida
ninguna frase o enseñanza,
que aplica al hermano caído
para darle consuelo
o enseñarle el camino de la salvación.
“El mundo se acaba. Veo las señales
de los Últimos Días. Ya viene, ya se acerca
el que nos ha de liberar del yugo
que nos aherroja ,
el que romperá las cadenas que nos atan,
llevándonos a la Jerusalén liberada”.
Y las gentes se acercan
al de la palabra clara y sencilla
para curar los males que le afligen.
Y de vez en cuando
entra en oración profunda
pidiendo a Dios algún milagro
para un hermano en apuros:
-¿Dónde vas, hermano?
Voy a la playa de La Llana.
-Está el día negro y amenaza lluvia.
Te vas a mojar. Déjame que pida a Dios
una “clara”.
Y por arte de oración,
que no de magia,
las nubes se dispersan
abriendo un gran claro
por el que paso sin mojarme.

Y el Santón
cae al suelo
dando las gracias a Dios
por haber oído

una vez más
sus súplicas:
“Dios del Cielo
y de la Tierra,
creador de todo lo visible e invisible,
te doy las gracias
por haber escuchado
las súplicas
de éste
tu humilde siervo”.

SALINAS EREMÍTICAS

Salinas de La Manga,
aguas robadas al mar
que vivís
para el goce
de sacar la sal al agua
que luego ayudará
al humano mortal
en la preparación de salados
para su gusto y deleite.
Sois como los eremitas
que vivís aisladas
en el franco gozo
de ver cómo el sol calienta
vuestras robadas aguas
al mar proceloso
para desposeerla
del líquido elemento
dejando sobre el lecho de la salina
la esencia de la misma agua:
la sal milagrosa.
Ladronas de sales,
martirizadoras de las limpias aguas
por las que surcan
los alados veleros
que buscan ansiosos
el puerto que los cobije
en los aciagos días de tormenta.
Egoístas solitarias
que vetáis el paso
a los de aletas ágiles,
para que no descubran al humano
la fórmula de vuestro secreto,
porque de ser así,
todo el mar
sería una inmensa salina,
ya que los tiempos que corren,

donde se han perdido los eternos valores
que antaño guiaran las conductas humanas,
el egoísmo del perdido humano
desechará el extenso piélago
buscando el pingüe beneficio.

REDES PERFUMADAS

Algunos días,
-cuando sopla el Lebeche-,
entran por mi ventana
aromas desconocidos
que atormentan mi pituitaria
tan taponada de pólipos nasales
que no logro erradicarlos
con el “Nasonex” asesino.
Y antes de proceder
al cierre total de mis espacios protegidos
con cierres metálicos, cortinas y ventanas,
me pica la curiosidad
de saber a qué se debe la suplantación
de la perfumada primavera,
por estos malos olores;
ella, tan cargada de aromas florales,
de efluvios de jazmín,
azahar, limón,
auténticos géiseres aromáticos
que saludan
en todas direcciones
con las que se lucrarían,
si pudieran,
muchas de las compañías perfumistas
sin escrúpulos
ladronas de tesoros vaporosos
que hay por el mundo.
Y aquí en el suelo,
las redes, en la orilla de la playa,
no muy lejos de la estancia
donde paso horas
devorando libros de estudio,
verdaderos fósiles de árboles esplendorosos,
hartos de embriagar el ambiente
de oxígeno vivificador;
las redes tratan de sacudirse
el halo de peste inmunda
que las cubre,
escamas secadas al sol

y sacadas de la piel
de los pobres peces
en su lucha por escapar
de una cárcel tejida con nudos de maldad;
ahora, desde aquí,
junto a la paz de las tumbas de letras,
veo las redes de los pescadores
tendidas en tierra,
cara al sol, malolientes,
tratando de cumplir la pena impuesta
por tamaño sacrilegio
de cercenar las vidas de tantos pececillos
cuyo único delito
fue escapar de un mar
maltratado por el ser humano
hacia un mundo mejor,
donde lo convulso de los oleajes
es una eterna pelea
por desembarazarse
de tanta contaminación
como alberga.

PRIMAVERA

Con los primeros rayos de sol
envalentonados al verse libres
tras estar aprisionados
durante la fría estación,
los árboles comienzan
a vestirse de flores multicolores
sembrando de fantasía cromada
la piel rugosa
que protegiera su cuerpo
del crudo invierno.
Pero hay algunos,
los más cautos,
que cada día miran
el horizonte lejano
a la búsqueda
de señales de peligro,
que provenientes
de los imperios de la aroma,
los Dutti, Banderas, Bustamante,
Flores, Brummer,
quieren robarles
su mayor tesoro:
¡su olor!
Y ellos, al otear el horizonte,
cuando perciben a los siniestros enemigos
de su aroma,
cierran sus flores heridas
a cal y canto,
cortando el halo de olor,
que escapa
a través de sus pétalos multicolores,
creyendo que esta acción,
será suficiente
para escapar a la destilación
en los matraces asesinos
que encerrarán en botes taponados
las aromas más fragantes
de limoneros, rosales, azahar,

jazmines, romeros, alhucemas,
nardos, claveles y geranios...
Y no contentos
con el robo del sacrílego botín
estos empresarios réprobos
guardarán en tumbas acartonadas
los perfumes más exquisitos,
poniéndoles, no el nombre del muerto,
sino el del ladrón.

PITOSPOROS Y MIOPOROS

Perdonadme hoy
si corto algunas ramas
de vuestros floridos cuerpos
para hacer unos esquejes
y clavarlos en la arena
que casi llega hasta el mar.
¡ No los toméis
arenas de la orilla
como a vuestros enemigos
porque vienen a traer verde vida
a las orillas del saldo mar.
Ya sé,
que afilado vuestro cuerpo,
sobre el que se ensañó
el pérfido cuchillo
hasta convertir las ramas
en un arpón terrible,
hundiese
en las mullidas arenas del mar,
que temerosas,
ante tan brutal enemigo,
se estremecieron
sin remedio.
¡ No temáis!
porque a fin de cuentas,
vosotras, arenas de la playa,
montones y montones,
vivís, día a día,
la modorra,
que sólo interrumpe
el pérfido viento
que os agrupa en dunas,
con tesón,
logrando que echen raíces
cerca de cuatro juncos,
el pijo de lobo,
y la alacranera,
mientras la culebra recelosa

serpentea lentamente
a la búsqueda
de inocentes pajarillos,
que subidos en lo alto
de los cardos marianos
entonan dulces cantos
a las recelosas hembras
mientras purifican su hígado.
¡Perdonadme, pitosporos
y mioporos
que haya herido
vuestros verdes cuerpos,
ya que, mi intención no fue,
haceros daño,
sino ayudaros a perpetuar la especie
clavando vuestra simiente vivifica
en el reino de la fertilidad!

PICUDOS ROJOS

Palmeras del árido secano
criadas en oasis fecundos,
heridas de vida
en los desiertos más secos
donde el agua
es ansiada por el sediento
caminante perdido
entre soles y arenas
buscando el elixir
que calme una sed
que amenaza la vida
por momentos .
Allí, al oasis,
también van a calmar su sed
los malditos picudos,
plaga bíblica
de las extenuadas palmeras,
que comerán los tiernos palmitos,
excavando después galerías en sus entrañas
de perdición y muerte
en los que depositarán
su simiente
incipiente y asesina.
¿Quién os dijo
que vuestras fuerzas mermadas
aumentarían a costa de la savia elaborada,
por las palmeras,
en días de trabajo
e insomnio?
¿Hasta cuándo
vuestros afilados dientes,
sierras iracundas de la muerte,
camparán impunemente
sobre los cuerpos dolientes
de las “pacíficas” palmeras?

¿Hasta cuándo os dejarán
que trabajéis impunemente
comiéndos la savia que conformarán
los dulces y sabrosos dátiles,
vosotros, profesionales
del serrucho oxidado,
taladoras de la vida
que surge entre arenales pedregosos?
Quizás, algún día no lejano,
alguien, estudioso de despacho aislado,
encuentre la clave del producto
que pondrá coto
a tanto desmán sin sentido.
Y ese día, no habrá tierra,
ni piedras, ni picos , ni palas
en todo el desierto,
para cavar las fosas
donde se pudrirán vuestros
cuerpos lustrosos
alimentados por su savia salvífica.

PATATAS CERCENADAS

¿Quién os mandó
nacer como patatas?
Parte de vuestra existencia
corrió bajo tierra
abonada con los peores excrementos
a los que la gente hacía asco
tapándose las narices con las manos
cuando hasta ellos se acercaban.
Y vivisteis
en la oscuridad más extrema
asfixiadas con el peso de la tierra,
las más de las veces
asustadas
al pasar muy cerca de vuestro corazón
el filo de la azada del tosco campesino
que removía la tierra
extirpando malas hierbas.
Y otros días teníais que soportar
las aguas más inmundas
sobre vuestros lomos
amenazando con ahogaros
en mor del crecimiento rápido
y el engorde
para llevaros al mercado
donde seríais expuestas
a los mejores postores
envasadas en bolsas pequeñas
donde era imposible la respiración.
La verdad, es,
que no envidio vuestra suerte,
porque vuestra vida es un puro y continuo sufrir,
abocada siempre al exterminio
en una cocina
donde sometidas
al filo afilado del cuchillo bárbaro
os cortará en ruedas,

o en tiras,
para acabar
en un lecho
de aceite hirviendo;
después fritas y envasadas en bolsas,
y, saladas, para que os suba la tensión
y exponiéndooos a un ictus cerebral
que os deje abandonadas en el cubo de la basura
¡Pero no temáis
porque yo os voy a ayudar!
Me pondré en contacto
con botánicos amigos
que llevan el mismo sufrimiento
que yo y vosotras
para que alteren vuestros genes
y os hagan incomedibles
y despreciadas por vuestro mal olor y sabor.
Y así,
olvidadas y abandonadas,
casi extenuadas,
podréis renacer de las cenizas
para florecer en verdes prados
donde vuestros hermosos cuerpos
se reirán de un pasado
de oprobio y opresión
que nunca volverá.

PALOMAS TURCAS

Sois las palomas turcas,
con vuestro zureo,
siempre a la misma hora,
mi despertador de las mañanas.
¡Cuidado con el gavilán
que acecha desde la altura
del rascacielos inmundo de la playa,
mancha de ladrillo y cemento
hincado a traición
sobre la costa antes impoluta!
Pequeñas, coquetas,
siempre comiendo;
¡el mundo no se acaba!:
¡estad vigilantes!
porque el gavilán acecha.
Derecha, izquierda;
izquierda derecha,
siempre zureando,
a las palomas,
¡qué la vida es zureo,
si el amor asoma!
¡Cuidado con el gavilán
que acecha
en la cornisa del torreón!
Dicen los entendidos,
¡que son muchos!,
que causáis daño
a las autóctonas de aquí.
Por eso, el cazador,
ya tiene licencia para matar.
¿Cuándo se dijo
que la multitud de belleza sin par
era mala?

¡Cuidado con el cazador
que saborea su canana
repleta de cartuchos asesinos!
¡Cuidado con el gavilán
que necesita de vuestra carne
para sus retoños!
Hoy ya no ha sonado
mi despertador-paloma,
por la mañana,
y el sueño, paloma turca,
ha podido conmigo.
Maldita canana destructora,
“gavilán de cartón y pólvora”
que como nube asesina
acaba por ley con vosotras,
palomas del alba,
eterno zureo
del despertar,
inocentes por multitud,
en mis mañanas de sueños.
Ahora, el gavilán,
ya no es lo que importa,
porque su munición,
es escasa para la abundancia.
El peligro está en el cazador,
legión destructiva
de cuerpos inocentes
que zurean,
ajenos al peligro,
en las mañanas del alba caída.

MOLINOS DE VIENTO

Molinos de viento
en la montaña,
frente al mar
plantándole cara a un Titán
moviendo en círculos
sus aspados brazos,
a merced del monstruo.
Su recompensa será
un torrente de energía
vital para mucha gente
que sentidos felices,
la encauzaran
a sus móviles, la nevera,
el televisor, la calefacción,
la refrigeración, la cocina y el horno.
¡Qué se acaben las otras energías,
sucias y vergonzantes,
de carbón,
y las malditas nucleares,
eternas,
para desgracia del humano ser!,
contra las que lucha Eolo,
y enemigas acérrimas de la Naturaleza!
Molinos de viento,
monumentos de la limpieza energética
de la buena energía,
infatigables,
mientras Eolo amigable,
se encariña con las aspas
a las que hace requiebros
para atraerlas a su regazo,
que los molinos desdeñan
porque no hay tiempo que perder
en la gestación
del milagro del movimiento
de los electrones sonrientes
por los cables
para que trabajen sin cesar
produciendo energía.
Y cuando Eolo
cansado de soplar
busca el descanso merecido
rescostándose en el suelo
de los campos extensos,

los molinos recuperan fuerzas
para sus músculos de acero,
y Eolo triste,
llora de rabia
al verse disminuido en su vigor,
acompañándolo en sus quejidos.
los molinos,
que lo incitan con amorosos requiebros
para que vuelva al tajo de la energía limpia.

MALAS HIERBAS

Qué pena me da
de las malas hierbas
que crecen por el campo .
Vosotras no tuvisteis la culpa
de nacer así:
de ser feas y con flores poco vistosas,
pinchudas y de poco talle,
abocadas a vivir siempre
en las peores tierras
y con los alimentos más malos.
Vuestro destino
os jugó una mala pasada.
Y un día y otro
os veis sometidas
a las máquinas pulverizadoras
que teñirán vuestro cuerpo
de pesticidas asesinos,
o al filo del arado
que rozará vuestras verdes carnes
enterrándoos en lo más profundo del surco,
o seréis sometidas
a los duros pinchos de la grada asesina,
o a las cuchillas de la máquina segadora,
o al latiguillo de la máquina desbrozadora
que pulverizará vuestro cuerpo
echándolo a un depósito inmundos
acabando en el montón de la basura.
¡Triste fue vuestra suerte;
triste será vuestro destino
naciendo con este talle!
¡Pero no os apuréis,
porque mi mano
os subirá al balcón más hermoso
para que compartáis estancia
con claveles y gladiolos,
nardos y rosas,
azahares y celindas,
jazmines y galanes de noche,
disfrutando de los parabienes
que tan preciosas
y lindas flores,
reciben
de todos
los que quedan prendados
de su belleza
y mejores esencias!
No está lejos el día

en que vuestro cuerpo,
vestido de una nueva belleza,
se codee en los mejores campos
con las plantas más hermosas,
vestido con el traje
de las mejores princesas,
con colores deslumbrantes,
que apagarán
las luminarias del profundo Universo.

MAL DÍA PARA LAS GAVIOTAS

Mal día para las gaviotas
que escalan los aires templados
que surcan sobre las aguas del Mar Menor.
Mal día para las gaviotas
que azotadas por El Lebeche,
fuerte, profundo,
las aleja incesantemente,
mar adentro,
como si mar y aire
hubiesen hecho una alianza
para “desembarazarse”
de estos navegantes de altura,
que enseñan
al mismo viento a navegar
oteando desde arriba,
techo transparente del mar,
el maná que esconde,
receloso de que se lo arrebaten
y máximo protector de las criaturas
engendradas en su seno.
Porque hay que comer cada día,
y pelear contra un Eolo irascible
que recela de las aves de pico largo
que amenazan robarle cada día
el dominio del espacio.
Tú que sólo eres Eolo, -dios del aire,
aire y más aire-, sólo aire,
condenado a navegar eternamente,
sin que nadie sepa
de dónde sacas las fuerzas
para empujar las olas
más pesadas que tú,
y que en un acto
de suicidio impensado
se estrellan contra la playa,
o, sobre los acantilados,
para huir de ti,
produciendo estertores
que provocan los bramidos
de las rocas que se parten
arrastradas por la corriente.

Mal día para las gaviotas
que tendrán que comer
arriesgando sus vidas
entre olas y redes.

¡Mal día para las gaviotas
que escalan los aires templados
del Mar Menor!

Porque el Mar Menor,
un piélago surgido hace millones de años
por las convulsiones del planeta
vomitando en rugientes estertores
las hieles más profundas que albergaba
formando una barra protectora
que lo aísla del mediterráneo mar,
algún día se hartará
de tanta podredumbre
como arrastran hacia él
las rieras de la contaminación
que recogen los restos de los pesticidas
que las plantas de las huertas
“escupen” con ira
hacia la tierra que las sustenta
aliándose con la lluvia.

AIRE TURBADOR

Viene Levante turbador
empujando al mar hacia la tierra
levantando olas
que a los marineros
bragados
obligan a echar las anclas
al puerto de atraque.
Y los peces,
conocedores de su malicia,
se meten en las entrañas del agua
esperando a que Levante
calme su ira sin sentido.
Levante diferente
según la región
donde su “boca” sopla
amargando las vacaciones
de la gente
deseosa de superar el estrés
acumulado por el trabajo.
Levante
hace ondear la bandera dormida
en el mástil
del chiringuito de la playa,
en el cuartel de los militares,
en la terraza de la obra que se ha terminado,
e inclina a los árboles,
que luchan por sobrevivir
en las dunas,
hasta formas curiosas y variopintas
“quitándole los humos” de grandeza
que los invade,
haciendo que sus ramas
besen el suelo
y coman la arena salada.
Y el mar,
embravecido,
le planta cara al Levante
enervándose
y formando olas
que pareciera
que quieren doblegar
al Levante perturbador.
Pero Levante, fuerte y poderoso,
a lo suyo con empuje,
que hasta su poder influencia en el cielo
en su color azul

que se vuelve sucio
polvoriento, terrero,
y bochornoso,
que hasta al Sol atemoriza,
costándole atravesar
tanto aire acumulado,
y a la puesta,
cuando el astro mayor
se retira a sus dominios
a descansar,
harto de calentar
todo lo que su halo alcanza,
el disco solar se oculta
desapareciendo de la vista
de los oteadores de ocasos maravillosos.
Y los insectos,
pesados ya de por sí,
aumentan su “cansinidad”
multiplicándose
moscas y mosquitos
salidos de la no existencia,
y las libélulas buscan refugio
para sus débiles alas
en los arbustos y pequeños palmerales
no domeñados por el picudo.
Levante perturbador
“incitador” de insecticidas
para que actúe contra la plaga
que azota sin piedad
el cuerpo adormecido
de los que quieren un reposo merecido
por un largo día de trabajo.

LA DE RIZADOS CABELLOS

Al final consiguió
la de rizada cabellera
ser admirada en la huerta
de la ecología vivificadora,
superviviente
a tres intencionadas de muerte
sembrada en cama diferente
con muelle colchón
de tierra de todo a cien,
mezclada con estiércol pestilente
de los caballos trotadores
y regada con agua de la fuente,
ella,
la que tenía grandes ganas de vivir,
se agarraba fuerte
a los pocos nutrientes
que la tierra le daba,
y comía sin ganas,
por verse un mañana
admirada por la gente
y servida en mesa de fino mantel
en plato de bella vajilla
regada con óleo de vida
sacado a duras penas
de los olivos picudos
de las resecaas tierras andaluzas
los de recia aceituna
y aceite fuerte
y picante,
que hoy día
tiene que soportar
que la casen con la hojiblanca,
menudita y sosa,
de blandengue sabor,
sin ella querer,
que no sabe a nada
para quitarle fuerza
y sabor,
para que guste a la gente
y se venda mejor
Escarola de cabellera rizada
y verde vestido
que no te dejaste encinchar
por la faja de grosera cuerda petrolera
para no perder tu dignidad

de verde esplendoroso
que querían subvertir
a un blanco
degradante
para con sus nobles genes
de verde esplendor.
Ahora,
mueres con tus mejores galas,
querida, apreciada,
y saboreada por todos
en un plato de fina porcelana.
Puedes estar contenta
porque tu final
ha sido noble y esplendoroso,
elogiada por todos,
y no como el de otras
que murieron sin miramientos
ahogadas en el cubo de la basura,
transportada entre cartones
y bolsas macilentas,
trastos,
animales descompuestos,
pestes y malos olores,
ropas que ya no se usan...
Escarola
de buen sabor
y bella vista:
honor a tu estirpe
y valentía,
que sobreviviste,
cuando estabas en agonía,
a varias replantaciones,
pasando privaciones,
de verte tirada en el suelo,
noches de sed, frío, y miedo,
y pisotones,
de ser comida por pájaros glotones,
agarrándote
con coraje
a la vida
para dar de ti
lo mejor:
crecer,
y verte florida,
cuajada de flores y semillas,
¡dar por merecida una vida!

INTRUSOS

“Esos ocupas están destrozando
mi casa, andando por doquier,
excavando galerías por mi tronco,
mis ramas,”- dice la higuera-en un lamento
de “llantos y sollozos”
prolongado desde las primeras horas de la mañana
hasta el adormecimiento que le producen
los vaivenes de las ramas
ocasionados por el viento de Levante.
”Y no hay nadie que tenga compasión de mí
mientras esas hormigas feroces,
inoportunas y constantes,
hacen su tarea de desmembrar mi cuerpo,
trozo a trozo,
en un recorrido
desde mis ramas carcomidas de tanto mordisco
hasta la médula
donde se han construido su guarida”.
Y da pena ver cómo la pobre higuera
es un puro agujero
en los muñones que dejaron los jardineros
ávidos de sacarle el máximo provecho
en la producción de brevas tempranas
e higos tardíos, sin importarle
el daño que hacían en su cuerpo,
máxime, cuando la Madre Naturaleza,
tan sabia ella,
había dispuesto eliminar
toda rama entumecida,
enviando vientos fuertes
que hiciesen un trabajo eficaz.
Y habla el viento,
encargado de tan noble tarea:
-“No creas que no estoy apesadumbrado
de ver tu cuerpo horadado, agujereado,
recorrido por largas galerías
hasta la médula más íntima de tu alma vegetal.
Siento lo que te está pasando,
y más aún,
cuando el remedio
que pone
para mejorar tu delicada situación,
el hombre depredador,
nuestro acérrimo enemigo,
es cercenar tu tronco dolorido

esperando que broten nuevas ramas
de tus mismos pies,
que sigan la tradición de tus antepasados
de elevarse en el cielo,
y con los rayos salvíficos
del hermano sol,
crezcan hasta lo indecible
remozando tu piel tersa,
sembrándola de ramas por doquier
que acunarán nuevos frutos
para deleite de quién tanto te hirió,
devolviendo bien por mal”.
-”Y no encuentro la forma
de expulsar,
de la que ha sido mi casa durante tantos años,
a estas intrusas,
amigas de lo ajeno,
que me están matando poco a poco,
bocado a bocado, fibra a fibra”.
“Llama a la Madre Naturaleza,
estremécete desde tus adentros,
zarandea tu cuerpo,
y en eso te ayudo,
para que acuda en tu auxilio
para calmar ese dolor
que te están ocasionando esas intrusas”.
Pero la Naturaleza, Madre,
no acude a los quejidos de la higuera,
a sus lastimeros lamentos,
y sí, el leñador,
que con su hacha bien afilada,
abortado el intento de expulsar a las ocupas,
con malignos pesticidas,
cercena trozo a trozo
el cuerpo deformado
por la malicie de las hormigas.
¡ Todo se ha consumado!

EL PRECIO DE LA LIBERTAD VEGETAL

Su delito, fue,
querer subir demasiado
para sobresalir por encima
de los demás árboles de la huerta
a orillas del mar,
escalar sobre la casa
para descubrir un mundo nuevo
diferente al que estaba acostumbrada a ver,
y mira que los demás árboles del jardín,
que ya habían pasado el tremendo trance
-que ahora la higuera
debería superar en sus carnes
se lo habían advertido-:
-¡ No quieras subir al cielo
desde donde se ven por las noches
cómo las estrellas lloran sobre la Tierra
pidiendo a los dioses
el perdón por sus excesos
para con la Madre Naturaleza!
-¡ No quieras ser más que nadie
escapando del “patrón”
por el que todos han andado
para ir por libre
a buscar otros mundos
que te den la felicidad perdida!
-¡ No quieras ir por libre,
cuando tú, como los demás árboles,
deberás ser sometido
a la poda del jardinero
con el hacha asesina
que no se entenece con tus dolores
para que tu sabia se fortifique
y produzcas más cosecha de higos
para tu amo!
Pero ella,
la higuera orgullosa
que quiso ser más que nadie
sin escuchar el consejo de los demás,
vio venir al jardinero
con el hacha, “orgullosa”,
y pensó:
-Me escaparé subiendo
más alta que la valla
que rodea el jardín cercano a la playa
y desde allí pediré a los otros árboles,
palmeras, pinos, álamos blancos,

y araucarias,
para que me digan cómo consiguieron
alcanzar el camino de la libertad.
Y subió y subió
despojándose del fruto
propio de su estado
aunando fuerzas
y perdiendo casi sus hojas
para concentrar la savia del crecimiento
en sus ramas
con el objetivo
de pedir ayuda
para conseguir ser libre.
Y gritó y gritó,
ayudada por el viento
que llevó sus lamentos
a otros campos,
a otros montes,
sin que nadie la oyera y ayudara.
Su castigo
por buscar la libertad
en otros mundos,
fue encontrarse con el hacha “furibunda”
de un joven jardinero
que se empleó a fondo
en sus dolidas ramas,
para bajarle la “cabeza” hasta el suelo,
donde sus preciados frutos,
los higos,
estuvieran al alcance de la mano.

EL JARDINERO

Hombre hosco donde los haya
empleado a su labor con rudeza:
cortar ramas de árboles “dolidos”,
hacer agujeros en el suelo
para plantar árboles,
quemar los restos aún vivos de la poda,
“herir” la tierra con su azada,
clavar pequeñas estacas
sobre la dolida piel de los árboles,
injertándole las cualidades
de otras especies,
sin pedir permiso
a los dolientes,
para que dieran más fruto,
y vivieran más.
Nunca pensó el jardinero

en los sufrimientos
de estos seres vivos vegetales,
ni en el tormento
que les causaba
con su afilada hacha.
Nunca usó el jardinero
algún tipo de anestesia
sobre la rama
que iba a ser amputada,
ni habló con el afectado árbol,
para pedirle
su “consentimiento y firma”
para “operar”,
ni con sus “parientes” cercanos
para avisarles
de la gravedad de la situación,
en la que cortar y sanar,
era la única opción
en la que tenían
cierta probabilidad
de conseguir
que el árbol sobreviviera.
Ni tampoco tuvo
ningún tipo de recato
a la hora de usar la afilada hacha
y la motosierra asesina,
teniendo en cuenta
que en el jardín
había “inocentes “ arbolillos
que empezaban ahora
a vivir,
ajenos a los peligros
que les acechaban,
y que podían,
a la vista de los tremendos lamentos
de los “operados”,
usar algún tipo de “estrategia”
para escapar a aquel “asesino”.
El jardinero, ¡ a lo suyo!
cortar, cercenar, triturar,
pulverizar con pesticidas,
y quemar,
“ miembros vegetales enfermos amputados”
y acabar con la “vida”
de todos aquellos vegetales
que no se ajustaban
a los planes diseñados
por los ingenieros agrónomos.
Como en la India,
los “cadáveres” vegetales
se amontonaban
en un espacio alejado
en una enorme pira

donde no hubiese peligro
para los demás miembros de la huerta,
y sin ningún tipo de “funeral”
ni con unas palabras de recuerdo
para los “muertos”,
los que nos dejaron,
los que escaparon de esta vida llena de lágrimas,
hacia otra dimensión
donde no hubiese
ni guerras, ni peleas,
a un nuevo Edén
donde disfrutarían
de una eternidad bien ganada
llena de paz y tranquilidad,
con un dios jardinero pacífico,
amante de todas sus “criaturas”
y empeñado en hacerlas sentirse felices
disfrutando de una eternidad bien ganada.

LA PIRA

Y llegó el día
de prender fuego
a la pira funeraria vegetal
en mitad de la huerta,
con un gran montón
de hierbas, ramas, troncos,
árboles pequeños,
abortados,
árboles ya viejos,
-a los que se practica
la “eutanasia” vegetal-.
Y sin ningún tipo de pudor,
de correr un tupido velo
para que los árboles pequeños
no presencien
un espectáculo lleno de maldad,
el jardinero,
hombre embrutecido por el uso del hacha
contra “seres vivos,”
inocentes,
con el asentimiento
de los dueños del jardín,
corre hacia el coche
donde guarda
una lata de gasolina
con un letrero bien legible:
!producto inflamable!
La higuera amputada
en muchas de sus ramas jóvenes
con “ansias de vivir”
de gozar de muchas horas de sol
sobre sus anchas hojas
se consuela, pensando:
“ Menos mal
que me he librado
del fuego abrazador
de la gasolina contaminante.
Si malo fue
arrancarme a hachazos
las partes que el jardinero
consideró
que me sobraban,
sin “preguntarme”;
peor hubiese sido
haber muerto
en medio
del calor de las brazas

y el fuego”.
Y sin ningún tipo de reparo
rocía con gasolina,
-ante el “estupor”
de los allí presentes vegetales-,
la pira,
metiéndole fuego
con la colilla de un sucio cigarro.
Los árboles se tapan los “ojos”
al comenzar a oírse
los primeros gritos
de dolor
de los quemados “vivos”
sin que puedan
hacer nada
por evitar
que los pequeños
vean tan terrible espectáculo.
Allá a lo lejos,
en el chiringuito de la playa,
reunión de turistas
venidos de otras latitudes,
alguien comenta:
-Huele a quemado,
como si algo estuviese ardiendo,
pero los humos,
casi aromáticos,
no provienen
del cercano crematorio humano,
porque si no,
el olor nauseabundo
de la quema de los restos humanos
nos hubiese obligado
a dejar de tomar
el aperitivo del mediodía...:
¡ pero sólo es olor a madera quemada!
La pira queda convertida
en cuatro ascuas
sobre la que el jardinero
tuesta el pan del bocadillo
del mediodía
sacado de una nevera
al que le marida
unos trozos de morcilla
de sangre, arroz y cebolla,
acompañado de tragos
de vino a granel
en un porrón de cristal.
Terminada la cremación vegetal”,
mete el jardinero
las patas
en los rescoldos,
le echa agua con ganas,

y cuando ya no humea,
para cerciorarse
de que el fuego está totalmente apagado,
se mea sobre las “víctimas”
ante el estupor
de jóvenes y viejos árboles
“encolerizados”.

Después,
se agarra a la pala,
y en un esfuerzo último
va echando en bolsas
de plástico reciclado
las cenizas que un día dieron vida
a un planeta que se extingue
a pasos agigantados
por el egoísmo del hombre
si no le ponemos remedio
entre todos.

CACTUS A LOS PIES DEL CONTENEDOR

Llevo varios días pasando
por el contenedor de la basura
y siempre veo la misma imagen:
Cactus desolados,
llenos de terror,
porque su ama,
harta de ellos,
los depositó justo a sus “pies”.
Están acurrucados
los unos contra los otros,
como si los abrazos alejaran de la muerte,
en un intento desesperado
de que algún buen samaritano
los coja y los siembre en un suelo
que les devuelva la vida.
Pero van pasando las horas
y no ha aparecido esa persona
que “tenga piedad” de ellos,
al borde mismo del final de sus vidas,
ya casi exhaustos por la sed que atraviesan.
Y cuando me ven pasar
parece que oigo sus “gritos de socorro”
pidiéndome que los lleve conmigo
a mi viejo jardín,
y allí, no les importa tener poco espacio,
¡ ya nos apañaremos!-dicen.
Y el cojo,
porque sus pinchos no pinchan,
quizás porque se han dado cuenta
de que en eso les va la salvación.
Y los subo a la bicicleta
mientras busco un hueco
en el jardín
donde colocarlos .
Y escarbo en la tierra
haciendo un hueco
que será su nueva morada,
y los riego,
¡agua de vida!
Cuando me marchó,
oigo sus pequeñas voces:
¡ Gracias, amigo!
¡ No te olvidaremos!

BULBOS SUFRIDORES

Hace días que no duermo
pensando en esos bulbos
-que plantara José
en un pequeño y recóndito jardín
vigilado por una adelfa
como un titán
al que le han salido en los pies
las minúsculas collejas
diseminadas por el espacio,
miedosas, de que tan gran enemigo
se las coma glotona de raíces.
Hace días que no duermo
porque los bulbos,
serán tulipanes de bellos colores
en primavera,
flores de unos días,
vivarachas y únicas en su tallo,
bulbos enterrados vivos
y cubiertos por tierra y excrementos;
ellos tan lindos, tan pulcros,
tendrán que soportar
esa carga pestilente
del estiércol de caballo
si quieren disfrutar
del ocaso de la luz
y las temperaturas templadas
que hay en La Manga del Mar Menor,
de los atardeceres,
espectáculo inimaginable para la vista
y del suave masajeo de las aguas salinas
contra las orillas doradas de la playa,
en las que las gaviotas
y los cormoranes
se adentran en su leve profundidad
buscando el pececillo,
-que ajeno a su suerte-,
juega con otros,
o los acompaña en busca de experiencias.

CARACOLES SIN FUTURO

Es una pena enorme, indecible,
haber nacido caracol,
siempre con la pesada casa a cuestas,
de un sitio para otro,
soñando alcanzar alguna vez
un lugar donde residir
para siempre,
echar raíces donde vivir,
sacar los cuernos
y otear un horizonte desconocido
donde todo lo que vea sea extraño,
sin ser considerado
por las más diversas gentes
un intruso
que viene a comer de balde
el sudor de la cosecha,
teniendo siempre sobre sus espaldas
el terrible pisotón
que lo aplasta contra el suelo,
el volar por los aires
con todas sus pertenencias
a lugares distantes,
ser sometido a ayunos prolongados
antes de hundirse en las aguas hirvientes de una olla,
soportar largos periodos de tiempo
encerrados en casa a causa de la sequía,
o, ser sometido al gaseo asesino
de una máquina insecticida.
Y todo el mundo calla
ante esta cruel realidad
-sin que nadie levante ni un dedo para pedir clemencia para los
caracoles.
Quizás, algún día
cambie la situación
y los caracoles vivan en libertad, y respetados,
pero, a día de hoy,
sólo les queda la paz,
que viven, en los cuadernos
de colorear para niños.

FLORECILLAS

“Florecillas, pequeñas, frágiles,
que estáis acurrucadas a mis pies”-dice la higuera.
“Mal sitio escogisteis
para vivir en esta tierra azotada por el viento
de Levante,
¡pero no temáis! : ¡Yo os protegeré
cuando dentro de unos días,
ayudada por el sol de primavera,
luzca una cobija de ramas y hojas esplendorosa
bajo las que os podáis refugiar”.
Y las florecillas, de bonitos colores,
lucen, arropadas por las palabras de la higuera,
todo el encanto de una variada
y tranquila escala cromática
mientras el viento suave de la tarde
las “besa” coquetamente.
Pero lo que no sospechan estas plantitas pequeñas
que forman alfombra alrededor de la higuera,
es, que, el azadón asesino,
espera el mejor momento
para devolver al suelo,
-del que salieron-,
su pavimento ocre y polvoriento,
despojándolo del verde que lo alfombra.

¿ Por qué no os dejan vivir?
¿ Por qué no hay nadie
que oiga vuestros débiles llantos
y ponga coto
a tanta desmesura
sin piedad?

LOS DÍAS QUE ME QUEDAN

No tengo reloj
que me diga que el tiempo pasó
inexorablemente,
segundo a segundo,
minuto a minuto,
suspiro a suspiro,
lágrima a lágrima,
gozo a gozo,
alegría contra tristeza.
Agoté las pilas
que alimentaban
mis ilusiones,
y, ahora,
con la nieve que cubre mi pelo,
me entretengo en soñar
en los días que me esperan,
¡ en cómo serán!,
si serán abundantes,
como el oxígeno del aire,
o, escasos, como la bondad
que se perdió ya en este mundo.
¡Ay del reloj!
que se quedó sin pilas
y no hay quién le dé la cuerda de la vida
que me queda!...

Hace tiempo que agoté
toda la creatividad
que llevaba dentro
conseguida a fuerza
de estrujar
las débiles y mermadas neuronas de mi cerebro,
pero ahora,
con el paso del tiempo,
por más que me esfuerzo,
por más que preparo el cuaderno,
por más que lleno la pluma
del viejo tintero
que guardé
de la añorada escuela de mi juventud,
la “tinta” por la que corren las ideas
no fluye
por los renglones
por los que han de circular.

QUIERO ESCUCHAR UNA CANCIÓN

-“Quiero oír una canción”

-dice Lolita
mientras se afana
en buscar una piedra
para ponerla en su oído;
una piedra que le traiga sonos lejanos,
que conjuntados,
formen armónicamente
una canción
que anime su “mermada” inteligencia.

Y con su piedra,
su mejor tesoro,

-esquirla de una cantera milenaria
que presencié
hace millones de años
las convulsiones de una tierra,
magma por doquier,
caos sin calma-,

recorre la pequeña huerta
repitiendo una y otra vez:

-“ ¡Quiero oír una canción, quiero oír una canción ! ”

mientras anda por el jardín
mezclándose con los pajarillos,
las mariposas,
el viento de primavera,
y el gato Mifú,
que duerme tranquilamente
ajeno a que las notas dispersas
se pongan en formación
para ofrecer a Lolita
su mejor canción.

-“ ¡Quiero escuchar una canción,
quiero escuchar una canción”¡

PLAYA DE LOS ALEMANES

Esta tierra árida
a la que los dioses han condenado
a no recibir gota de agua
por la penitencia impuesta un día
al impedir las montañas
con sus alturas arrogantes,
que el mar bravío,
su justa morada,
inundara estas tierras
de clima cálido.
Esta tierra árida
donde el viento de Levante
sopla con fuerza,
día a día,
siendo testigo de su embate
las palmeras altivas,
que con sus largas ramas
tratan de detener
la furia desatada
de un dios inconsciente
que penó con creces
el pecado cometido
por un enervamiento súbito
de la construcción descontrolada
plantándole cara con fuerza
porque quizás vislumbraban
el oprobio que ocasionarían
a estas tierras,
llenándolas de ladrillos y cemento
sin control ni fundamento.

MUCHO TRABAJO PARA LAS ABEJAS

¡Pobres abejas, tan laboriosas,
siempre de aquí para allá!
Más de una vez me paro a pensar
en el terrible esfuerzo
que hacen las abejas
en su continuo ir y venir,
de las plantas al panal,
y del panal a las plantas,
cogiendo el néctar de las flores
para elaborar la dulce
y salútfera miel,
y cuando llega la noche,
y la luz se “acuesta”
cerrando los “ojos” de la tarde,
pienso en las abejas
que caerán rendidas
junto a la Reina
que las comanda
y que les dará las gracias
por su laboriosidad,
un día y otro,
sin vacaciones,
ni puentes,
hasta caer exhaustas
para ser comidas por las hormigas.
Se han hecho muchos monumentos
en este mundo
a las más diversas gentes;
algunos inmerecidos
para aquellos
a los que subieron
al pedestal de piedras,
sin méritos,
pero se olvidaron
del monumento
a la más grande trabajadora
del mundo:
¡ la abeja!
Ella,
mucho antes
que existieran los antibióticos,
ni las fábricas de medicamentos,
ya curaba las enfermedades
de los humanos
con la miel
que fabricaban en el panal,

sin pedir nada a cambio
por tan ingente sacrificio.
Ellas,
que polinizan
las flores de las plantas del campo,
yendo de flor en flor,
incansablemente,
sin importarles
que las flores de la planta sean miles,
cayendo rendidas y muertas
del sobreesfuerzo
muchas veces
al suelo inerte,
que les servirá de mortaja,
sin exponer ni una sola queja
ante su Reina
por tan ingente labor.
Ellas,
que han recibido como pago,
por su dedicación
a ayudar al género humano,
el ataque de hongos mortíferos
y de terribles pesticidas
que están mermando
considerablemente
su población,
no hacen ni una sola protesta,
ni han pensado nunca
en abandonar el tajo.
Pero llegará el día
que los Gobiernos del mundo
se pongan de acuerdo
y firmen
un pacto
que detenga
estas agresiones incontroladas
a las laboriosas abejas,
porque si no se dan prisa,
el trabajo que realizaban ellas
desde el amanecer
hasta que la luz se dormía
para caer rendida
en las sombras de la noche
y abrigarse con sus pliegues,
tendrán que afrontarlo
los seres humanos;
ellos, sí que protestarán
ante tan ardua tarea,
y pedirán,
que al ir con el “bastoncillo polinizador,”
de una flor a otra,
de una planta a otra,
se regule por convenio laboral

la jornada de trabajo,
yendo a la huelga
en caso de no aceptar
las condiciones laborales pedidas,
¡cosa que nunca hicieron las abejas!

LÁGRIMAS SIN CONSUELO

Formóse un gran montón
de cenizas polvorientas
con los restos vegetales
que el jardinero
reuniera
en el centro de la huerta
alejado de inocentes
que pudieran chamuscarse
y que empezaban una nueva vida
llena de ilusiones y esperanzas,
y no quería que vieran
la pira tan monumental,
que al contacto con la gasolina
incendiada con el cigarro,
pegó una gran llamarada
que hizo huir a los pájaros,
que curiosos
se acercaban
hasta el montón infernal
donde se iban a quemar
los restos
de todas las plantas,
muñones retorcidos,
cabezas de ajo porro,
cebolletas muy bruñidas,
encajes de sandías,
y zarcillos de habichuelas,
“brazos de pino y araucaria”,
que subían
por las cañas
hacia el cielo
que se fundía con las montañas
que se acercaban hasta el Mar Menor
para gozar de sus encantos,
de sus arenas tan finas,
de un clima cálido
deleite de los turistas
que buscaban curar
sus carnes doloridas,
de las afecciones de la piel,
bañándose en las aguas salinas,
o cuarteando al sol
los lodos milagrosos,
remedio para la cicatrización
de las heridas.
Y cuando el jardinero
decide tirar al basurero
las cenizas

de aquellos
que fueron compañeros
tan queridos en la huerta ,
las plantas,
ante tan lamentable partida
prorrumpen en lamentables sollozos,
que el viento que trabaja,
del Levante su venida
hacia otros lugares
no quiere estropear
con su silbante canto
una despedida tan sentida,
y se calla,
y se arremolina,
tumbándose en el suelo
para no ser un estorbo
para la despedida
a aquellos
que generaron mucha vida
siempre hincados en el suelo
siempre limpiando una atmósfera
tan resentida
de contaminaciones de humos
y de talas indiscriminadas
de árboles
que son la vida
del planeta
y que suicidan su futuro
con un cambio climático
muy problemático
que traerá mucho dolor
a las familias
más desfavorecidas
con escasez de agua,
inundaciones y desertización,
falta de alimentos
y temperaturas muy subidas;
toda una gran
y temible agresión
contra la vida.
Y los peces,
testigos marinos
del verdor costero,
cuando sacaban la cabeza
del líquido elemento,
también quisieron sumarse
a este póstumo homenaje
de las plantas a sus muertos
acercándose hasta la misma playa
dando palmas de aliento
con las aletas de su cuerpo,
y los delfines,

atletas del movimiento acuoso
hacen piruetas
fuera del agua
para volver al agua
en un póstumo homenaje
a los vegetales muertos.
Y el agua del mar adentro,
agita sus pliegues
en un gran movimiento,
formándose un gran oleaje
para sumarse a tanto dolor
de los árboles muertos,
quemados,
e incinerados,
y tirados al contenedor
como vulgares “criminales”
que en la vida
nada hubieran hecho
por los demás.
Y hasta la misma Luna
pasa entre la Tierra y el Sol
para sumarse al dolor
de tan triste momento
produciendo un gran eclipse
que deja el paraje
como muerto
en una total oscuridad
que atemoriza
a todos los que tienen entendimiento.
Y el jardinero,
a lo suyo:
deshacerse de los restos de los “muertos”,
que después vendrá el camión
que tirará las cenizas
de los árboles
mezclándolos con basuras,
cascajo y excrementos
en la ceremonia de la confusión
que no tiene compasión
con los cuerpos de los muertos.
Todo se ha consumado,
todo se ha quemado,
porque para que los vivos, vivan,
hay que enterrar a los muertos,
pero lo que nunca podrán enterrar,
aunque se empeñen los vivos,
son nuestros sentimientos
de personas sensibles
amantes de una inteligencia
que lleva muchos miles de años
trabajando silenciosamente
antes de que el hombre
apareciera

sobre la faz de la Tierra.

CORMORANES A LA MUERTE

El pájaro que va a la muerte
apareció en el mar,
que llaman Menor,
vestido de difunto
color negro
antes de sumergirse
en el piélago
en busca del necesario sustento.
Y lo sabía,
porque las redes de los pescadores
llegaban hasta la misma orilla,
-como “cosiendo” el mar-
a la espera de su presa:
peces para vender después
en el mercado,
o al menudeo, entre la gente
que ociosa,
esperaban al pescador
en la orilla.
Y el cormorán
se zambulló en el mar
sabiendo
que esa sería la última vez
que gozaría
de la alegría
que da
el respirar el aire puro
y el sol
que calienta el cuerpo
con sus rayos salvíficos
llenos de vida.
Los peces ,atrapados en las redes,
¡todavía vivos!,
fruncieron el ceño
llenos de pavor
cuando el cormorán
rompió las tranquilas aguas
del mar tranquilo
con su pico agudo y desgarrador
atemorizados
por no saber a cuál de ellos

elegiría esta vez.
Pero la respiración contenida
por momentos,
de los peces atrapados en las redes,
se volvió a reanudar
cuando una maraña de cuerda
hilada con saña
atrapó al pobre cormorán
en un nudo gordiano
imposible de deshacer.
Y el cormorán
luchó con fuerza
con su robusto pico
para romper el cordel
que le aherrojaba
sin salvación posible.
Todo fue silencio
en el poco profundo mar.
Las olas pequeñas
detuvieron su vaivén
conteniendo las fuerzas
que las movían;
y lo mismo hicieron las algas
que se extienden por el fondo
profusas y atónitas
ante el esfuerzo “sobrepájaro”
que hizo la pobre ave
para deshacerse
de ese enroscamiento
de las fibras artificiales
sacadas del petróleo
extraído del averno
sobre su difunto cuerpo.
Las almejas
abrieron sus valvas,
-las que más de una vez
fueron violadas
por el pico del astuto cormorán-,
para ver las convulsiones
y estertores de la muerte
en la lucha del negro pájaro
contra la red
para salir libre a la superficie.

Y los demás cormoranes
atentos a los indicios de vida
que el mar pudiera darles
como señal de la vida
del negro y muy robusto alado pájaro,
desistieron de su empeño
de ver emerger del fondo del mar,
indemne,
al intrépido pájaro vestido de negro.

¡Todo se ha consumado!
El viento,
atento con su “mirada”
a la escena de pánico
que en el mar se desarrolla,
infla sus gordos “pulmones”
trayendo para la zona
aire de Levante
en un intento de mover
las redes
para sacar al cormorán
de la maraña asesina.

¡Todo se ha consumado!
Pocos días después,
aparecería el cuerpo del cormorán
“meciéndose” en la orilla de la playa
esperando a que alguien
lo sacara de ese ataúd de agua
para llevarlo a la morada definitiva
donde esperará la Resurrección de los Pájaros
al final de los tiempos.

AMORES QUE MATAN

Levante y Mediterráneo
no están prometidos.
Levante no toca,
no abraza
al tierno mar
en sus blancos rizos de espuma;
sus caricias son de odio.
Le empuja el hosco viento
al cálido mar,
el Levante encabritado,
y lo hiere en sus carnes
de agua y espuma
blanquecina,
con sus vaivenes turbulentos.
Le da
al Mare Nostrum
donde más le duele
calmando su sensibilidad
para con la fina y áurea arena
de la playa
donde los curiosos
no se arredran
ante sus empujes violentos
costa afuera.
Y las plantas,
sabedoras de sus ataques de ira
para el cariñoso mar,
como Ulises atado al mástil
desoyen los cantos de sirena,
no osando implantarse
en sus arenas
prefiriendo las dunas protectoras
que usa como parapeto.
Mediterráneo y Levante
no se quieren,
y éste
guarda en su alma hueca
los arrullos de las palomas
que lleva hasta lejos
en sus ondas de zureos
en un intento de atraer
a los machos
para construir un nido
con pajitas y hojas
que sintieron el peso
de otros amores.
Levante celoso

aleja
a los caminantes enamorados
encizañando al mar
que empuja soberbio
sobre la tierna playa
borrando las huellas
que sobre la arena
dejan grabadas las almas gemelas
que sueñan
en construir un nido
de paz e ilusión
robando la calma del momento.
Levante y mar
no son amigos
para la arena de la playa
que se esconde para no ser engullida
por el empuje del agua
soñando
en días más tranquilos
con un pacto de agua y aire
en presencia de un Sol
que quiere salir
por entre las nubes oscuras,
pero que receloso,
desiste
por la fuerza hosca
del que siendo nada,
soberbio; sólo aire,
quiere dominar hasta el horizonte.
Levante y Mediterráneo
no son amigos; sólo se quieren
cuando se acuesta Levante
cansado y somnoliento
tapándose
con la sábana de la tupida niebla
sobre las plácidas olas.

PODA “ASESINA”

Su delito, fue,
querer subir demasiado
para sobresalir por encima
de los demás árboles de la huerta
a orillas del mar,
escalar sobre la casa
para descubrir un mundo nuevo
diferente
al que estaba acostumbrado a ver,
y mira que los demás árboles
del jardín,
que ya habían pasado el tremendo trance
que ahora la higuera debería superar
en sus carnes- se lo habían advertido-:
– ¡ No quieras subir al cielo
desde donde se ve por las noches
cómo las estrellas lloran sobre la Tierra
pidiendo a los dioses
el perdón para los hombres
de los excesos
para con la Madre Naturaleza!
¡ No quieras ser más que nadie
escapando del “patrón”
por el que todos han andado
para ir por libre
a buscar otros mundos
que te den la felicidad perdida!
¡ No quieras ir por libre,
cuando tú, como los demás árboles,
deberás ser sometido
a la poda del jardinero
con el hacha asesina
para que tu sabia se fortifique
y produzcas más cosecha de higos
para tu amo!
Pero ella,
la higuera orgullosa
que quiso ser más que nadie
sin escuchar el consejo de los demás,

vio venir al jardinero
con el hacha asesina,
y pensó:
– Me escaparé subiendo más alta que la valla
que rodea el jardín cercano a la playa
y desde allí pediré a los otros árboles,
palmeras, pinos, álamos blancos,
y araucarias,
que me digan cómo consiguieron
alcanzar el camino de la libertad.
Y subió y subió
despojándose del fruto
propio de su estado
aunando fuerzas
y perdiendo casi sus hojas
para concentrar la savia del crecimiento
en sus ramas
con el objetivo
de pedir ayuda a los demás
para conseguir el camino de la libertad.
Y gritó y gritó
ayudada por el viento
que llevó sus lamentos
a otros campos,
a otros montes,
sin que nadie la oyera y ayudara.
Su castigo
por buscar la libertad
fue encontrarse con un hacha “furibunda”
de un joven jardinero
que se empleó a fondo
en sus dolidas ramas
para bajarle los humos
y ponerle los “pies” en el suelo
donde su preciado fruto, los higos,
estuvieran al alcance la mano.

ÍNDICE

ALGAS EN LA PLAYA	1
AIRES GARBINOS	3
EL SANTÓN	7
SALINAS EREMÍTICAS.....	9
REDES PERFUMADAS.....	11
PRIMAVERA.....	13
PITOSPOROS Y MIOPOROS	15
PICUDOS ROJOS.....	17
PATATAS CERCENADAS	19
PALOMAS TURCAS.....	21
MOLINOS DE VIENTO	23
MALAS HIERBAS	25
MAL DÍA PARA LAS GAVIOTAS.....	27
AIRE TURBADOR.....	29
LA DE RIZADOS CABELLOS	31
INTRUSOS	33
EL PRECIO DE LA LIBERTAD VEGETAL.....	35
EL JARDINERO	37
LA PIRA.....	39
CACTUS A LOS PIES DEL CONTENEDOR	43
BULBOS SUFRIDORES	45
CARACOLES SIN FUTURO	47
FLORECILLAS	49
LOS DÍAS QUE ME QUEDAN	51
QUIERO ESCUCHAR UNA CANCIÓN.....	52
PLAYA DE LOS ALEMANES	53
MUCHO TRABAJO PARA LAS ABEJAS	55
LÁGRIMAS SIN CONSUELO.....	57
CORMORANES A LA MUERTE	61
AMORES QUE MATAN.....	65
PODA “ASESINA”	67